



C.S.S.R.

PIRITUALITY

ONE BODY (Eph 4,4)

UN SOLO CORPO (Ef 4,4)

UN SEUL CORPS (Eph 4,4)

UN SOLO CUERPO (Eph 4,4)

JEDNA WSPÓLNOTA (Ef 4,4)

UM SÓ CORPO (Ef 4,4)

EIN LEIB (Eph 4,4)

ΕΙΝ ΓΕΙΒ (Εφ 4,4)

Un Solo Cuerpo – 10: SEGUIR A JESUCRISTO POBRE

“La caridad misionera les exige que lleven una vida verdaderamente pobre, acomodada a la condición de los pobres que han de evangelizar. De este modo los congregados demuestran su solidaridad con los pobres y son para ellos signos de esperanza” (Const. 65).

“Sin descuidar las formas ya probadas de pobreza, busquen de buen ánimo nuevas formas de practicarla, que armonicen más y mejor con el Evangelio y constituyan un testimonio personal y comunitario de la pobreza evangélica” (Const. 63).



¿Qué significa el voto de pobreza hoy día? Reflexionemos, escuchemos y dialoguemos en comunidad sobre su sentido y sus exigencias. Comparte tus conocimientos, reflexiones, experiencias, dificultades, cuestionamientos, dudas, retos. Hablemos de lo personal, de lo comunitario, de la solidaridad, del compromiso y del testimonio. Ustedes conocen mejor los desafíos en la Provincia.

El “voto de pobreza” es central en la Congregación Redentorista. Los votos (pobreza, obediencia y castidad) se complementan, pero personalmente pienso que el voto de pobreza es el “primer voto”. Expresa la consagración plena a Dios y la disponibilidad total para seguir a Cristo Redentor. Está vinculado al Misterio de la Encarnación del Verbo. Dios se hizo hombre y habitó en medio de nosotros. El sentido y las exigencias de la pobreza siempre fueron objeto de reflexión en los Capítulos generales. La Congregación siempre le dio mucha importancia a este tema. Nuestras Constituciones son una síntesis de la espiritualidad redentorista. Diez artículos son dedicados al voto de pobreza. Se encuentran en los números 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69 y 70.

Seguir a Jesucristo, comprometido con los pobres

Los Consejos Evangélicos son para todos los cristianos. Nuestra vida consagrada, que tiene su raíz en el Bautismo, nos compromete entregarnos totalmente a Dios, viviendo la caridad en el servicio del Reino de Dios. Seguimos a Jesucristo Redentor, comprometido con los pobres, en la predicación del Evangelio a los más abandonados, los pobres. Hemos asumido este estilo de vida. Buscamos, en comunidad, ser signos de fraternidad, dar testimonio de nuestra fe en la Santísima Trinidad, y vivir la caridad pastoral. Nuestra vida busca significar la esperanza, anunciar en la Iglesia la “copiosa redención” y la gloria del mundo futuro. Expresa una radicalidad de vida y la esperanza que viene

de la gracia de Dios. Se propone manifestar la comunión con Dios, la caridad, la fraternidad, la solidaridad, la libertad y la igualdad. Sin fe, esa vida no tiene mucho sentido. Es una vida sensible y atenta a la voluntad de Dios. Contamos con la fuerza del Espíritu Santo, la inspiración de los Evangelios, y el apoyo de los cohermanos.

Una respuesta de amor

La profesión religiosa es para los Redentoristas “una donación total de su ser para hacerse ellos mismos, por Cristo, respuesta de amor al Señor que los amó primero (1 Jn 4:10)”. (Ver Const. 56). La misión de Cristo Redentor es la razón de nuestra entrega. Llamados a ser pobres, según el espíritu de Jesucristo quien se hizo pobre y habitó entre nosotros, buscamos la comunión con Cristo y ser testigos del misterio de la Encarnación del Verbo. La fidelidad en la vivencia de los Consejos Evangélicos, el compromiso, la honestidad espiritual y vivencial con nuestra profesión religiosa, misionera, solo se pueden asumir desde el amor.

¿Qué significa vivir el “voto de pobreza” hoy?

Significa vivir una “profunda disponibilidad para dar vida al mundo” (Ver Const. 51). Con libertad en la “total entrega a la misión de Jesucristo”, anunciando el “Reino de Dios”, compartimos “la abnegación del Señor” para servir desde la misericordia y la pobreza. ¿Cómo vivir esta “profunda disponibilidad”? Hay que discernir, en comunidad, cuáles han de ser las formas, las prácticas concretas, el estilo de vida que anuncie el mensaje de la Redención. Los tiempos y las formas han cambiado mucho. El contexto actual exige flexibilidad y discernimiento constante. Pero, el compromiso fundamental es el mismo. Se necesita una visión amplia, abierta, generosa, solidaria, disponible.

El voto de pobreza no se reduce a un ejercicio de renuncia ascética personal. Va más allá del “no tener nada” o “el no dejarse dominar por los bienes materiales”. “Vivir la pobreza” no tiene que ver solo con el uso del dinero. Ciertamente exige responsabilidad, rendición de cuentas y transparencia. Nos invita a reflexionar seriamente sobre nuestra relación con el dinero y los bienes materiales. Pero no se trata simplemente de “no gastar”. No es solo cuestión de forma de un supuesto “ahorro”. Esa mentalidad ha fomentado una actitud paternalista, egoísta, conductas infantiles, mucha dependencia de la voluntad decisoria de algún Superior religioso, una administración individual clandestina o al margen de la comunidad. En algunos casos, ha propiciado una actitud mezquina, en vez de favorecer la generosidad.

El voto de pobreza no es solo una exigencia jurídica. Eso tiene su sentido y es un aspecto muy importante. Indica caminos y ordena conductas. Pero no se reduce a eso. Pide actitudes más abiertas: la de “poner en común todos los bienes”; compartir generosamente, rendir cuentas y asumir responsabilidades, poner nuestros bienes al servicio de la misión. La exigencia de “no ser propietario individual”, no poseer y administrar individualmente bienes materiales, cuentas bancarias o manejar ocultamente dinero, conlleva la propuesta de la generosidad, la apertura y el compartir. Seguir lo que exigen las normas y leyes es lo mínimo que hacemos. Las normas pueden cambiar. Lo importante es el espíritu que está detrás de las normas.

Al “anunciar la vida nueva y eterna” los Redentoristas estamos llamados a ser “signos y testigos de la fuerza de la resurrección de Cristo” (Const. 51). Se nos invita a una decisión, fundada en Cristo, con signos e indicadores concretos. ¿Somos testigos de qué? ¿Nuestro estilo de vida da testimonio de qué actitudes? ¿Cuál es la motivación más profunda que nos mueve en la vida misionera? El

sentido más profundo es la capacidad de compartir, la libertad, la generosidad y la gratuidad para ser verdaderamente disponible. ¿Qué significa ser pobre, como religioso en comunidad, hoy día? ¿Qué sentido tiene? ¿Cómo hacerlo? ¿De qué manera? ¿Por qué? ¿Cuál es el fundamento? Hay que preguntarse además si nuestras respuestas a estas preguntas afectarían de verdad nuestras actitudes y comportamientos. Compartamos nuestra comprensión, nuestra visión y nuestras experiencias ...

Todo es de la comunidad

Hay una responsabilidad comunitaria. “Como pobres, siéntanse obligados a la ley del trabajo, de modo que cada uno, cumpliendo con su deber, contribuya según sus posibilidades al propio sustento y al de los demás. (Const. 64).” Yo no vivo solo. Vivo en comunidad. En la comunidad hay cohermanos enfermos y ancianos, personas que han entregado su vida en la misión, dando testimonio de la “abundante redención”. Compartimos entre todos y nos ayudamos mutuamente. ¿Ante quién soy responsable? ¿A quién rindo cuentas? ¿Ante nadie? ¿Cómo acompaño y muestro solidaridad con mis cohermanos más ancianos y enfermos? ¿Cómo queda el sentido comunitario cuando no siento que tengo que rendir cuentas y me considero totalmente autónomo?

La Constitución 62 nos orienta: “Procuren vivir según el espíritu que animaba a la comunidad apostólica, por el que se convierten en signo de la vida fraterna de los discípulos de Cristo, de quienes se dice: ‘La muchedumbre de los creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma; ninguno llamaba suyos los bienes que poseía, pues entre ellos todo era común’ (Hech. 4:32). Por consiguiente, tengan en común todos sus bienes, adaptados realmente a su condición modesta, y sírvanse de ellos con espíritu comunitario. Cuanto los congregados adquieren por propia actividad o en razón del Instituto, para el Instituto lo adquieren y, en consecuencia, ha de ser incorporado a los bienes de la comunidad”.

¿Es esto un signo profético? No es solo un signo escatológico, signo “de la vida futura”. Muchas personas cristianas, hoy día, no entienden bien esto de ser “signo de la vida futura”. ¿Cómo ser un “signo” comprensible para los demás? ¿Cómo ser una “comunidad solidaria con los pobres”?

Tener los mismos sentimientos de Cristo

La “pobreza evangélica” consiste en seguir a Jesucristo pobre: tener los mismos sentimientos de Cristo, las mismas actitudes y conductas, a partir del misterio de la Encarnación del Verbo, en el anuncio del “Reino de Dios y su justicia”, en la solidaridad y la compasión, la misericordia. La vivencia de la “pobreza evangélica” está vinculada al misterio de la Encarnación del Verbo, a las exigencias de la misión, a la cercanía con la gente y la inculturación del Evangelio. Los misioneros Redentoristas se abrazan confiadamente con la pobreza de Cristo, “quien siendo rico se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su indigencia” (2 Cor 8:9). (Const. 61). Entonces sí: la “renuncia de algo” expresa una opción con profundo sentido de encarnación y redención; inculturación y liberación.

Entre los Redentoristas, “pobreza” tiene que ver con la espiritualidad del “distacco” (desprendimiento) para buscar la comunión con Dios, sentirse libres y disponibles para la Misión. No estamos “atados”; no somos “esclavos” de nada. Buscamos responder con amor, como comunidad, a la misión que el Señor encomendó a la Congregación. Es un ideal, una meta, un horizonte. Aspiramos y nos esforzamos para vivir solo “bajo la acción y la fuerza del Espíritu Santo”. Es un don y hay que pedirlo constantemente. En Jesucristo, somos llamados a ser “pobres

de espíritu” y “signos de solidaridad, fraternidad y generosidad”. Jesucristo, siendo Dios, se hizo pobre en su “kénosis” y pobre con su solidaridad, compasión, misericordia.

En función de la Misión

Entre los Redentoristas los votos son siempre en función de la Misión. Expresan la dirección que hemos de seguir, como discípulos de Cristo Redentor. Expresan nuestra consagración y están vinculados a la “caridad apostólica”, a la libertad y la disponibilidad para la misión congregacional. “Por la profesión religiosa los congregados consolidan su existencia personal y comunitaria para dedicarse por entero al anuncio del Evangelio y ejercitarse en la perfección de la caridad apostólica, que es lo que constituye el fin propio de la Congregación” (Const. 46).

Dejamos de lado nuestras certezas personales, nuestras propias necesidades de seguridad, necesidades afectivas, económicas y otras, para estar cerca de la gente, de los pobres y sus necesidades. Buscamos responder a las necesidades de los más abandonados, los pobres, en comunión con la Iglesia. Ser pobre significa ser capaz de colaborar con los otros y no solo esperar que otros colaboren con nuestros proyectos personales. Ciertamente, el Instituto necesita dinero y alguna seguridad económica para realizar su misión en la Iglesia, para la formación de futuros redentoristas, para la formación permanente de sus miembros, para cuidar bien de sus enfermos y ancianos. Lo hace desde la solidaridad. Pero el Instituto ha de ser también abierto y generoso. El reto es encontrar el equilibrio y no encerrarnos en nuestras necesidades y seguridades.

La caridad pastoral

La caridad pastoral configura la vida de los Redentoristas y le confiere unidad. Es el principio unificador de toda su existencia. Así participan en la misión de Cristo Redentor. La vida comunitaria está al servicio del apostolado. La conversión continua acrecienta la disponibilidad para servir a los demás (Ver Const. 52 y 54). El dinamismo misionero, la caridad apostólica y la disponibilidad misionera se viven desde el voto de pobreza. La Constitución 48 nos orienta: “Para dar cumplimiento a esta misión suya que implica esencialmente la caridad pastoral, Cristo se “anonadó a sí mismo y asumió la condición de esclavo” (Filipenses 2:7), sometándose a la voluntad del Padre para la obra de la Redención, que realizó a través de toda su vida.” El voto de pobreza se entiende en este contexto. Representa un modo de seguir el mismo camino de Cristo, participar de manera particular en el misterio de la Iglesia y identificarse más profundamente con el misterio pascual (Ver Const. 50).

La “pobreza impuesta” no es evangélica

Muchas veces, la pobreza y la injusticia no nos indignan lo suficiente. Hay una realidad que no debemos olvidar. Mucha gente todavía pasa hambre en el mundo. Más del cincuenta por ciento de la población mundial sigue siendo pobre, muchos muy pobres y cada vez más pobres. Hay tanta injusticia y desigualdad económico-social en el mundo. Millones no cuentan con lo mínimo para alimentarse y vivir dignamente. La “globalización de la indiferencia” indica una extraordinaria deshumanización. Tantas veces no sabemos qué hacer o cómo responder a esa realidad. Ante tantos casos, preferimos encerrarnos en nuestro propio mundo. No es fácil tratar con personas y familias realmente pobres. Fácilmente se los desprecia y no se respeta su dignidad de personas. Los pobres son personas muy necesitadas, abandonadas, excluidas, “descartadas”. Los acompañamos y ayudamos justamente porque son necesitadas (y no necesariamente porque sean buenos, de nuestra

religión, de nuestra cultura o nación). Las preguntas interpelan: ¿Por qué son pobres? ¿Qué significa para ellos el “Reino de Dios”?

Una pobreza que es consecuencia de la pereza, de la desidia, de la falta de esfuerzo, de falta de lucha e interés personal en mejorar, no es evangélica. Existe también una pobreza que es el resultado de la falta de compartir conocimiento, información y métodos educativos, falta de compartir recursos y tecnologías. Pero hay otras, tantas, formas de pobreza que son impuestas por otros, desde afuera. Cuando la pobreza es fruto de la injusticia, de la corrupción, de la explotación del hombre por el hombre, del robo y la expoliación, refleja una total falta de respeto a la dignidad de la persona humana. Hay pobreza que son el resultado de unas decisiones políticas, económicas y sociales contrarias al sentido de igualdad de oportunidades y de la dignidad de la persona. Estas decisiones afectan de manera negativa a los pobres.

La “pobreza injusta e impuesta” no es evangélica. Hay un empobrecimiento, que es consecuencia de un sistema que enriquece a algunos y excluye de los bienes materiales, culturales y sociales a una gran mayoría. La pobreza, que es consecuencia del robo y la corrupción de ciertos grupos y personas con poder de decisión, es totalmente inaceptable. Desde el sentido evangélico de la pobreza, luchamos directamente contra el “empobrecimiento impuesto”. Los Redentoristas, al anunciar el “Reino de Dios”, estamos en contra y luchamos contra esas formas de pobreza.

Solidaridad con los pobres

La realidad de la pobreza económica y social exige nuestra solidaridad. A nuestro alrededor, sabemos quiénes son los más abandonados y los más pobres. Es inútil decir que no los vemos. En cada comunidad local, en cada parroquia, en cada centro misionero, la pregunta siempre es: ¿aquí, en este contexto, quiénes son los más abandonados y los más pobres? ¿Cómo somos signos de esperanza para ellos? ¿Cómo nos sentimos en comunión solidaria con ellos?

Seguir a Jesucristo pobre no significa “servirse de los pobres” para aumentar nuestro prestigio personal o comunitario, nuestra riqueza financiera, personal o comunitaria. Al contrario, es estar cerca del pobre y mirar al mundo desde la experiencia del pobre, luchando lado a lado. Eso requiere una motivación fuerte, una visión clara y una decisión hecha desde la fe en Jesucristo Redentor. Seguir a Jesucristo pobre significa asumir las consecuencias de la Encarnación del Verbo y solidarizarse con los pobres, con los que sufren, con los más abandonados, con los que son oprimidos y explotados. En la práctica, hay que acercarse a los pobres, ser solidarios, experimentar y mirar la vida desde la realidad y el punto de vista de los pobres. Interpretar, desde ellos, las decisiones políticas, sociales, económicas, educativas, culturales y otras, tomadas por los líderes de nuestro mundo. ¿Cómo estas decisiones afectan a los más pobres? ¿Les favorecen o no?

Aprender la esperanza

Los pobres nos enseñan a vivir la esperanza. Es importante moverse siempre con esperanza activa y creativa. La esperanza siempre exige acción, “hacer algo”. Cuando tenemos de todo y las soluciones a mano, no parece haber necesidad de esperanza. Pero cuando nos falta todo, cuando nada parece resultar y todo nos va mal: ahí es cuando hace falta mucha fe, esperanza y confianza. Por un lado, la esperanza es hija de la indignación ante la injusticia y eso lleva a una acción. La esperanza es también hija de la imaginación creativa. Se indigna, critica y reclama. Pero también es capaz de proponer y realizar “lo nuevo, algo alternativo o diferente”. La esperanza requiere actitudes importantes como la paciencia, el diálogo, la perseverancia, la capacidad de recuperación

(“resiliencia”) y la flexibilidad. Nuestra esperanza está bien fundada en el amor de Dios, en la resurrección de Jesucristo, en el misterio de la Redención. La esperanza se vive en la encarnación y se realiza en el espíritu de lucha. No es cuestión de lamentarse o de críticas destructivas. Requiere acción positiva y proactiva. Vivir la esperanza desde los pobres significa apertura, disponibilidad, solidaridad, colaboración, asociación con los demás y acción concreta.

El principio “misericordia”



Desde los pobres, dejémonos conducir por el principio “misericordia”. Asumimos esta innegable realidad: muchas personas y grupos humanos siguen sufriendo toda clase de carencias y violencias (afectivas, de género, sexuales, económicas, culturales, sociales, políticas, etc.). Muchas son discriminadas y oprimidas, víctimas de los más diversos tipos de abusos de poder. Hay mucha gente pobre, desempleada, abandonada a

su suerte, excluida de la sociedad y de la Iglesia. La misericordia es la reacción correcta ante el mundo sufriente. Los Redentoristas somos enviados a llevar esperanza y a anunciar la Redención abundante de Jesucristo. Recordemos la parábola del “Buen Samaritano” (Lc. 10:30-37). La misericordia es el principio de Dios. Lo mueve a reaccionar y responder al sufrimiento humano. Es el movimiento que hace Dios a través de la Encarnación y la Redención. También nos mueve a nosotros a reaccionar ante el sufrimiento ajeno. La respuesta de “misericordia” siempre será personal, comunitaria, pastoral y social. No se trata de una compasión sentimental, paternalista o individualista. Estará acompañada de acciones concretas.

Libertad, disponibilidad, gratuidad

Una manera concreta de “ser pobre” según el espíritu de Jesucristo es seguir los principios e ideales presentados en las “Bienaventuranzas” (Mt. 5: 3-12 / Lc 6:20-23). La práctica de los Consejos Evangélicos es libre y genera libertad. El voto de pobreza favorece el estar libres y disponibles para la misión. No estamos apegados a nada, no estamos atados a nada, solo a lo esencial que es Cristo. Esta pobreza nos da libertad. Ser pobre, ser abierto y tolerante, es saber escuchar, acoger, estar atento a las necesidades de los demás.

Un corazón agradecido es sereno, sencillo, alegre, generoso, lleno de esperanza, actúa desde la gratuidad. No es ansioso, ni arrogante, ni ostentoso, ni pesimista. Sabe que todo viene de Dios. Ser pobre, según el espíritu de Jesucristo, es ser humilde, disponible, abierto y solidario. La gratuidad y la generosidad son claras expresiones de la vivencia de la pobreza. Ser pobre es ser siempre un “aprendiz”, saber escuchar a Dios y a los pobres. Una comunidad pobre es acogedora, abierta a los otros y está atenta a los signos de los tiempos.

Lo contrario de “ser pobre” no es tanto eso de ser rico económicamente, sino el ser avaro, codicioso, ambicioso hasta el punto de mentir, robar, destruir a los demás. Es ser egoísta, no compartir nada, querer todo para uno, estar encerrado en uno mismo, ser arrogante, creerse dueño de la verdad, ser hipócrita, despreciar a los demás. No estar disponible para las necesidades de la misión. El que dice no necesitar de nadie ni de nada, no tiene actitud de pobre. El que está excesivamente apegado a las cosas y sus afectos, el que se siente totalmente autónomo o autosuficiente, el que trata con desdén al pobre, no vive la pobreza evangélica. Esos comportamientos son contrarios al espíritu de “pobreza evangélica” en la vida redentorista. Hay un modo de aceptar, asumir y abrazar la pobreza que es fruto de una decisión personal, vivida en comunidad. Su principal sentido es el compartir.

EL ESPÍRITU DE SAN ALFONSO

En su “Novena de Navidad” (1758), San Alfonso propone estos temas de meditación. Nos ayudan a contemplar el misterio de la Encarnación del Verbo y a comprender el sentido del voto de pobreza. No se puede realizar eficazmente la misión Redentorista sin la comunión con Cristo Redentor y el misterio de su Encarnación. Compartamos y expresemos cómo vivir este espíritu en nuestra vida y compromiso.

Los temas son:

1. El Verbo eterno, siendo Dios, se hizo hombre
2. El Verbo eterno, siendo grande, se hizo pequeño
3. El Verbo eterno, siendo Señor, se hizo siervo
4. El Verbo eterno, siendo inocente, se hizo reo y culpable
5. El Verbo eterno, siendo fuerte, se hizo frágil y débil
6. El Verbo eterno, siendo totalmente suyo y autónomo, se hizo nuestro
7. El Verbo eterno, siendo totalmente feliz, asumió la tribulación y la aflicción
8. El Verbo eterno, siendo rico, se hizo pobre
9. El verbo eterno, siendo sublime, se hizo humilde.

LA PALABRA DE DIOS ES LUZ PARA MIS PASOS

Algunos de estos textos pueden ayudar a la reflexión y el compartir comunitario. Elijan uno:

- Carta a los Filipenses 2: 5-11
- Mateo 10: 7-15. (Ver también Marcos 6:7-13 y Lucas 9:1-6).
- Lucas 18: 18-29. (Ver también Mateo 19:16-30 y Marcos 10:17-31).
- Mateo 25: 31-46
- Lucas 1:39-56

ANTE EL ICONO DE MARÍA DEL PERPETUO SOCORRO

(Para orar. Contemplamos el icono de María del Perpetuo Socorro y rezamos a dos coros. Si quieren, se puede concluir cantando el “Magnificat”).

- El icono del Perpetuo Socorro es una celebración del Niño Jesús en los brazos de su madre María. Siendo Dios, se hace niño y asume toda la realidad humana. Se entrega por amor. El Niño muestra confianza serena porque está en los brazos de su madre. En su humildad y pobreza, se siente dispuesto y seguro para afrontar el desafío de la cruz, la violencia, la injusticia, el dolor, el abandono, la muerte.

- Algunos llaman a este icono: “pesebre de la Redención”. Acogemos, Señor, tu amor incondicional. Agradecemos el gran misterio de la Redención. Te damos gracias por darnos a María, la madre del Redentor, como nuestra madre, consuelo, refugio y socorro, modelo de discípulo. Ayúdanos a responder con amor generoso y fiel.
- En el centro del icono, contemplamos cómo los dedos del Niño Jesús Redentor están entrelazados con los dedos de su madre, María. Un signo de la conexión directa, la relación de intimidad y confianza plena del Niño en su madre y de María en el Redentor.
- Ese es el corazón del icono: no se entiende la Redención alcanzada por Jesucristo sin el misterio de su Encarnación, así como no se entiende a María como refugio, esperanza o poderosa intercesora, sin la relación directa con su Hijo, el Redentor.
- Las sandalias que lleva el Niño Redentor sentado en el regazo de su madre son para caminar, para pisar tierra y los pies se llenan de polvo. Una de las sandalias se desprende del pie, apenas se sostiene. Indican el compromiso total con la humanidad, con los pobres. Dios pisa tierra y mantiene contacto directo con la realidad humana. Hasta las últimas consecuencias.
- Nos recuerda el sentido profundo de la Encarnación y la Pascua del Redentor. Ayúdanos, Señor, a comprometernos plenamente desde nuestra pobreza y nuestras limitaciones. Ayúdanos, Señor, a ser generosos en el amor y la cercanía a los pobres. Que seamos signos de la realización del Reino de Dios anunciando el Evangelio a los más abandonados.
- Contemplamos y pensamos también en la Visitación de María a Isabel; pensamos en María en las bodas de Caná; pensamos en María a los pies de la cruz. Socorro y consuelo. Madre de la misericordia, intercede por nosotros. Ayúdanos a manifestar la misericordia de Dios.
- María nos visita, con el Niño Jesús en sus brazos, y nos fortalece. Ofrece el mensaje de la



Redención y nos acompaña en la lucha diaria. Nos invita a la comunión con Jesús, a vivir la pasión por su Hijo Cristo y la pasión por la humanidad, desde la gratuidad del amor.

- María evangeliza. Como madre, ella nos muestra a su Hijo Jesucristo. Lo presenta al mundo. María es evangelizadora y educadora. El brazo derecho de María indica el Camino. Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida.

- María, mujer y madre. Fue fuerte y generosa. Una mujer real, de su tiempo. Mujer auténtica, sorprendida por la iniciativa de Dios, perpleja ante los caminos de Dios, como tantos de nosotros, pero de fe profunda y abierta a su voluntad. Muy jovencita, María fue llamada a ser madre. Experimentó el amor, sufrió incomprendiones.

- Protegió y acompañó a su Hijo. También conoció profundamente el sufrimiento. Es la madre del hijo perdido en

Jerusalén, la madre del hijo difamado y calumniado, del hijo despreciado, condenado injustamente, injuriado, torturado, víctima de la violencia y muerto en la cruz como un criminal. Supo comprender, escuchar y compartir.

- *Ayúdanos, María, a amar a Jesucristo y a seguirlo con fidelidad. El dolor y la fortaleza de tal madre sólo se entienden desde el amor. El Niño Jesús también ve la realidad que habrá de afrontar. La gratuidad del amor, la misericordia y la esperanza se comprenden desde la experiencia real del sufrimiento humano. María, consuelo y esperanza nuestra, acompaña y socorre a los más necesitados. Amén.*



UN CUERPO es un folleto mensual de reflexión y oración, preparado por el Centro de Espiritualidad Redentorista (P. Piotr Chyla CSsR: fr.chyla@gmail.com).

Esta edición fue preparada por Enrique Antonio López Olmedo CSsR.

El diseño del Folleto en este proyecto es obra de Biju Madathikunnel, CSsR.